

Ariella Aïsha Azoulay
Historia natural de la violación

Berlín está en llamas

20 de abril de 1945. En un cuaderno que encontró en la buhardilla a la que se había mudado después de que bombardearan su casa, una anónima berlinesa había escrito: “No puedo llamarlo casa; ya no tengo hogar. Y tampoco es que la habitación amueblada que abandoné tras el bombardeo fuera en realidad mía” (p. 2).¹ Su diario se publicó en 1953 con el título *A Woman in Berlin: Eight Weeks in the Conquered City: A Diary*, pero al poco desapareció de los estantes. El diario no volvió a publicarse hasta 2003, después de la muerte de la autora.

Dos días después de la entrada que escribió la mujer anónima en abril de 1945, desconocedora todavía de la suerte que había corrido su marido, Robert Antelme, al que había estado esperando en París desde que lo deportaron por su participación en la Resistencia, Marguerite Duras escribió en su diario: “ha habido veintisiete alarmas de incursión aérea en Berlín durante las últimas veinticuatro horas”. [Figs. 1] En marcado contraste con la celebración de la destrucción que recogían los reportajes informativos con afirmaciones como “Alemania ha quedado hecha papilla”, Duras anota en su diario: “Berlín está en llamas. Millones de civiles huyen” y “millones de hombres están esperando el final definitivo”.

Nunca perdonaremos

En lugar de seguir la llamada implícita en la declaración de Charles de Gaulle: “los días del llanto han acabado, los días de gloria han vuelto”, la escritora francesa utilizó su diario para que esas palabras sonaran como “palabras criminales”. “Nosotros nunca perdonaremos”, afirma utilizando un “nosotros” no patriótico que se refiere a conciudadanos que se resisten a la formación nacional de sus ideas ante los desastres infligidos a otros y se empeñan todavía en preocuparse por los demás, sin tener en cuenta su identidad nacional en el mapa de la guerra: “en este momento la gente está pagando. Él no se da cuenta. La gente está hecha para pagar.

Berlín arde. El pueblo alemán está pagando. Eso es normal. El pueblo, una generalidad” (Duras, 2006, p. 130). No es a los individuos que nacieron en una nación cuyo régimen los movilizó a todos para convertirlos en criminales a quienes ella niega el perdón cuando escribe “nosotros nunca perdonaremos”. Lo deja claro cuando se alinea con un prisionero francés liberado que se llevó a París a un huérfano alemán, y, frente al recelo de la gente, “se arrogaba el derecho a perdonar, a absolver, desde ya”. Es a los estadistas, incluidos los de las potencias aliadas, cuyas prioridades siempre fueron ajenas al pueblo –o se dirigían incluso a la gente como un peligro, tal como hizo el presidente francés cuando afirmó “la dictadura de la soberanía popular conlleva riesgos que deben ser atemperados por la responsabilidad de un hombre” (Duras, 2006, p. 130)–, a los que Duras niega el perdón. “Ninguna fiesta nacional por los deportados muertos”, escribe con rabia en referencia al día de duelo nacional que declaró De Gaulle después de la muerte de Roosevelt. La principal preocupación de De Gaulle, sostiene Duras, era el tamaño, la riqueza y el poder de su imperio de territorios de ultramar: él “siempre ha antepuesto su Frente de África del Norte a sus deportados políticos”, escribió. [Fig. 2] Ciertamente, un mes más tarde, el 8 de mayo de 1945, la masacre de decenas de miles de argelinos en Sétif y Guelma dejaría todavía más claro cuáles eran las prioridades de De Gaulle. Para él, los pueblos gobernados con aspiraciones políticas no eran más que un frente militar. En consecuencia, una se siente tentada de darle la vuelta a la afirmación de De Gaulle y preguntar: ¿se ha planteado jamás el peligro que corre un pueblo ante la dictadura de un estadista?

Atormentada por el lenguaje belicoso diseminado por los medios –a menudo una repetición literal del lenguaje de los líderes militares y políticos que estaban confeccionando un nuevo orden mundial como una promesa de liberación del orden totalitario–, Duras llenó su diario de expresiones hipnóticas como “Berlín está ardiendo” y descripciones concretas como “todavía hay personas vivas allí”. [Figs. 3, 4 y 5] Las ciudades alemanas fueron destruidas sistemáticamente, pero, como escribió Duras, no era solo la arquitectura lo que se destruía sino entramados de vida, dado que todavía había

Fig. 1

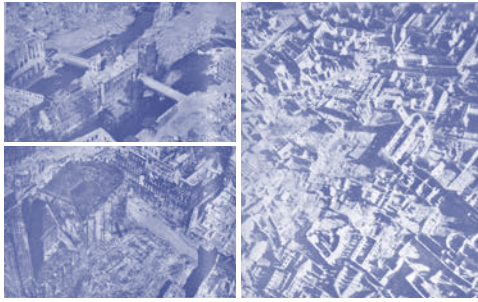


Fig. 2



Fig. 3



Fig. 4



gente viviendo en ellas. Las fotografías, tomadas desde la posición de quienes lanzaban las bombas, mostraban los patrones aéreos de la destrucción. La escritora no tenía que contemplar las fotografías de los cadáveres para enajenarse de la retórica de los medios y alinearse con la gente. Quienes sobrevivían al bombardeo aéreo, en especial las mujeres, sufrían otro tipo de violencia, desde tierra en este caso. Huir o quedarse en casa, ninguna elección les garantizaba la protección frente a la violación. Un axioma popular afirmaba que los alemanes tenían que pagar por los crímenes nazis; y las mujeres, por el papel que habían desempeñado en el nuevo orden, tenían que volver a aprender la lección del dominio de los hombres, independientemente del régimen al que esos hombres pertenecieran. La posibilidad de que, en el vacío político creado por la destrucción, las mujeres sospecharan que el mismo viejo orden se ocultaba bajo el disfraz del nuevo, y establecería otra forma de gobierno entre las ruinas, tenía que ser erradicada.

Nadie nos gobierna ya

[Fig. 6] El 21 de abril, justo antes de que la violación de mujeres se convirtiera en una plaga en Berlín, la mujer anónima escribió en su diario:

Nadie nos gobierna ya. Y pese a todo, allá donde mires, en cada sótano, siempre emerge alguna clase de orden. Las fuerzas de la disciplina se imponen también en este sótano, un espíritu que regula, organiza, ordena. Debe formar parte de nuestra naturaleza. La gente debe haberse comportado así desde hace mucho tiempo, quizá desde la Edad de Piedra. Un instinto fuerte, un mecanismo para la conservación de la especie. En el caso de los animales dicen que son siempre los machos, el toro líder, el semental líder. Pero en nuestro sótano sería más acertado referirse a las yeguas líderes (p. 13).

Eso no duraría mucho. Ya en 1941, al redactar la Carta del Atlántico, los aliados garantizaban que su poder imperial continuaría gobernando el mundo. Ni se planteaba que se permitieran formaciones políticas distintas a las que se basaban en un cuerpo político compuesto de

Fig. 5



Fig. 6



Fig. 1: Revista Life, 4 de junio de 1945.

Fig. 2: Boucif Mekhaled, *Chronique d'un massacre: Sétif, Gelma*.

Fig. 3: *Berlin 1945: World War II Photos of the Aftermath*, Michael Brettin, Peter Kroh (eds), Berlinica, 2014.

Fig. 4: "La capital del Tercer Reich después de la tormenta", Berlín, abril de 1945.

Fig. 5: *Berlin 1945: World War II Photos of the Aftermath*, Michael Brettin, Peter Kroh (eds), Berlinica, 2014.

Fig. 6: Pasándose los cubos, 4-11-1945, impresión de la época.

segmentos de población gobernados de forma distinta. El proceso de poner fin a la Segunda Guerra Mundial requirió transformar a los líderes imperiales en rescatadores cuya violencia, amparada por la impunidad de las leyes y tratados internacionales que ellos mismos redactaron, les permitió proponer su poder como única alternativa a los regímenes totalitarios como los de Alemania y Japón.

¿Qué podía verse?

Escuchando las noticias de los bombardeos diarios en abril de 1945, Duras se aferró a una imagen que se le había quedado grabada unos meses antes: "Pienso en la madre alemana del pequeño soldado de dieciséis años que agonizaba caído el 17 de agosto de 1944, solo, sobre una pila de piedras en el Quai des Arts". ¿Podía haber sabido que esa misma madre alemana o sus parientes femeninas acabarían siendo víctimas de una violación en masa? Supongo que no. Si hubiera caído en la cuenta, lo habría denunciado en su diario del mismo modo que había llorado a un soldado alemán muerto o a las mujeres francesas a las que se les desgarraba la ropa y se les afeitaba la cabeza como castigo público por mantener relaciones con soldados alemanes. Esas imágenes sirvieron en parte para su guión de *Hiroshima mon amour*, en la que el tropo de la lealtad nacional se ve cuestionado y presentado como una herramienta imperial para movilizar al pueblo y hacerlo participar en la violencia contra sus conciudadanos. El guion de Duras aborda estas legitimaciones de la violencia y cuestiona radicalmente la diferencia entre violencia legítima e ilegítima que impusieron los aliados desde arriba, mediante clases de alfabetización visual en derechos humanos que se orquestaron a escala global. A Duras le preocupan las expresiones de la violencia sistemática que se perpetra abierta y públicamente contra la gente y que, aun así, no es vista como violencia. Eso no puede explicarse con políticas de censura, aunque los aliados también recurrieron a ellas, por ejemplo, prohibiendo las fotografías en Hiroshima y Nagasaki durante la ocupación americana de Japón; sin embargo, es obvio que una catástrofe de tan gran escala no puede ocultarse, solo mezclarse

Fig. 7



Fig. 8



Fig. 9



con otra cosa. Los registros visuales de la brutal aniquilación de las ciudades japonesas y sus poblaciones aparecieron publicados en la revista *Life*. La destrucción de una ciudad y sus habitantes no fue censurada. Las fotografías de ciudades “antes” y “después” de su devastación se clasificaron como hitos visuales de una misión cumplida con un artículo titulado “La guerra se acaba; la explosión de la bomba atómica provoca la rápida rendición de los japoneses”. Las divisiones nacionales estables que definen la hostilidad y facilitan la transición de la violencia a una búsqueda de objetivos se ven desestabilizadas, y el suelo de la pertenencia nacional tiembla en el guion de Duras y en la película de Alain Resnais. [Figs. 7 y 8] Los mismos hechos aparecieron tal como eran: violencia sin distancia, farsa ni piedad tanto para las víctimas como para los perpetradores. Este retrato informativo e íntimo de lo que sigue fuera, en el exterior, cuando la “misión se ha cumplido” proporciona un ejemplo sólido de rechazo de la política de censura impuesta por los responsables de la violencia con su descripción fáctica de lo que podía verse de una catástrofe de esa escala. Esa facticidad a menudo se presenta encantada por un efecto imaginario de la censura –que nada podía verse porque los censores pretendían impedir su visión– más que revelando su cualidad de ficción, como hace la película de Duras-Resnais. *Hiroshima mon amour* también evita intencionadamente que esa violencia a gran escala eclipse la violencia personal –aunque no menos política– sufrida por las mujeres de manera individual, como la protagonista de la película, que mantiene una historia de amor prohibida en términos nacionales. La película sugiere que es precisamente en Hiroshima, una ciudad en la que se consideró permisible castigar a la totalidad de su población, donde una mujer francesa puede expresar el daño que padeció en la ciudad gala de Nevers, en la que pertenecía a un segmento de la población al que se consideró aceptable castigar.

Registros fotográficos

[Fig. 9] ¿Se encontró físicamente Duras con una mujer rapada o con un soldado alemán muerto? Su estado anímico tras la liberación de

Fig. 10



Fig. 11



Fig. 12



Figs. 7 y 8: *Hiroshima mon amour* (guión: Marguerite Duras; dirección: Alain Resnais; fotogramas).
 Fig. 9: “Mujeres rapadas / Francia / 1945”, captura de pantalla de búsqueda en Google.
 Fig. 10: Soldado muerto, basado en la fotografía de Henri Cartier-Bresson.
 Fig. 11: Rastreado-Henri Cartier-Bresson.
 Fig. 12: Fotografías de violación no tomadas, fotógrafos en la puerta de Brandenburgo, Berlín, mayo de 1945.

París, cuando todavía esperaba el regreso de los deportados, indica que es improbable que deambulara por la ciudad y presenciara tales imágenes públicas. Sin embargo, había registros fotográficos accesibles. [Fig. 10 y 11] Debía de conocer esta fotografía de 1944 del cadáver de un soldado sin identificar en Estrasburgo. La hizo Henri Cartier-Bresson, que, como Duras, participaba en el diario *Libres*, una publicación dedicada a la liberación de prisioneros de guerra y deportados. El cadáver fue abandonado en la dársena, sin cubrir y expuesto a la ocasional cámara: una situación improbable para un soldado francés. Dado que el objetivo de Duras era revisar radicalmente el repertorio de imágenes que representaban la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, incorporando lo que había sido dejado a propósito fuera de él, la escritora seguramente no habría pasado por alto imágenes que mostraran la violación sistemática y ubicua de mujeres alemanas (o la de mujeres francesas durante la liberación, que también se dio, aunque a una escala menor) si hubiera habido alguna accesible.²

Espacios reservados en un archivo fotográfico

[Fig. 12] En el transcurso de varias semanas, un número que oscila entre varios cientos de miles y dos millones de alemanas fueron violadas, también en espacios urbanos donde no faltaban cámaras, por decir algo, pues la destrucción de edificios era cuidadosamente registrada en numerosas fotografías de recuerdo. Las ciudades devastadas no tardaron en llenarse de fotógrafos, algunos de los cuales se comportaban como si nada pudiera detenerles mientras recorrían la destrucción, buscando imágenes que constituyeran objetos de interés para la mirada fotográfica. No requería excesivos esfuerzos detectar la presencia de la violación, incluido lo que precedía y seguía a la violencia física. Era ubicua, pero, aun así, no parecía interesar a la mirada de estos fotógrafos tanto como la destrucción a gran escala de las ciudades. En el centro de esta foto, vemos a un fotógrafo sosteniendo con la mano izquierda su cámara preparada; pero en un sentido más amplio, también atisbamos un interés en el fotógrafo como

figura que siempre está preparada de antemano, al ver que ese mismo fotógrafo se convierte en motivo de otra fotografía que está haciendo el fotógrafo que aparece a la derecha. Esta atención a la presencia de fotógrafos en zonas de guerra está, claro, reforzada por otro fotógrafo, el que toma la imagen que capta a esos dos fotógrafos ante un tanque y la destruida Puerta de Brandenburgo. Ahora bien, en el contexto de la supuesta ausencia de fotografías de violación, podemos contemplar esta fotografía de un modo levemente distinto y preguntarnos: ¿dónde están las fotografías de violación que podrían haber tomado estos fotógrafos en una ciudad asolada por las violaciones? ¿No presenciaron esas violaciones de primera mano, o acaso optaron por no utilizar sus cámaras cuando se violaba a mujeres ante sus propios ojos? Hasta que no encontremos una “fotografía de violación” en el Berlín de la posguerra mundial, podemos utilizar esta fotografía como un espacio reservado para un archivo fotográfico en formación, y relacionarlo con una especie particular: *la fotografía no tomada de la violación, la fotografía inaccesible de la violación* o la hasta ahora *desconocida fotografía de la violación*, dependiendo de las circunstancias en que esas fotografías fueron –o no fueron– tomadas, dadas o propagadas, y de la posición del espectador que negociemos. Por el momento, este espacio reservado puede denominarse una *fotografía no tomada de la violación*.

¿Fotografías de violación?

Las violaciones en el Berlín de 1945 se abordan, aunque no a fondo ni *in extenso*, en algunos ensayos de historia. No hay desacuerdo entre los investigadores acerca de lo generalizado de los casos de violación, solo sobre el número preciso de mujeres que fueron violadas. Muchas de las publicaciones que mencionan la violación en masa de Berlín incluyen una pequeña colección de fotografías, en las que nunca aparece la violación misma. Preguntar dónde están las imágenes de esas violaciones no es, por tanto, buscar pruebas de que las mujeres fueron sistemáticamente violadas. Hay pruebas de sobra de tales hechos. Se trata más bien de

una pregunta ontopolítica impuesta al archivo fotográfico, desafiando la prioridad concedida a las fotografías como resultado principal del evento de la fotografía y el carácter sagrado otorgado al encuadre enmarcado como el límite que determina qué narraciones fotográficas pueden escribirse. Estas prioridades y presunciones limitan lo que puede aprenderse de los hechos a partir de fotografías, esas unidades de información separadas que, despojadas de todo, a veces se utilizan para explicaciones sumarias, como si el problema más importante radicara en si “solo” 700.000 o 800.000 mujeres fueron violadas en Berlín, o, con más frecuencia, se descartan por no tener nada que ver con la violación. Cuando tantos relatos orales de víctimas de violación describen el tejido urbano destruido y la presencia de soldados armados en las calles como el escenario de su violación, no podemos evitar preguntar: ¿cómo es posible que ninguna de estas fotos de destrucción fuera asociada con la violación? ¿Cuáles son las expectativas implicadas en el descarte de estas fotografías, en el que solo una fotografía en la que un violador o un grupo de violadores fueran captados en el mismo encuadre con una mujer agredida pudiera reconocerse como una “fotografía de violación”?

En lugar de asumir el paradigma de escasez común a las investigaciones en archivos y esperar que, después de setenta años durante los cuales las fotografías de esta violencia de las violaciones sistemáticas no circularon, de buenas a primeras el archivo nos proporcionara algunas imágenes raras, no vistas, de cuerpos rotos, y en lugar de adoptar el papel imperial de un descubridor de una catástrofe a gran escala ya conocida, limito mi estudio a las imágenes disponibles. Después de todo, el propósito no es avalar el número de mujeres violadas con fotografías de sus cuerpos heridos. Cuando hablamos de las condiciones de la violencia sistémica, no debemos buscar fotografías *de* o *sobre* la violencia sistémica, sino explorar las fotografías *tomadas en* esas zonas de violencia. Los lugares registrados en ellas son exactamente los mismos en los que se produjeron las violaciones: tal vez no en la tercera planta, pero sí en la segunda; tal vez no en el piso de la derecha, pero sí en este de la izquierda; tal vez fueron solo tres soldados y no cuatro, y así

sucesivamente. La imposibilidad de fijar este tipo de información, que podría ser crucial en casos individuales, se ve contrarrestada por la posibilidad de explorar, a través de las fotografías, los espacios urbanos destruidos en los que cientos de miles de mujeres fueron tomadas como rehenes, violadas y controladas mediante una escasez de alimentos impuesta como forma de sometimiento político-físico. La violación en masa en Berlín no solo debería reconstruirse, sino también entenderse como un rasgo fundacional de los regímenes políticos democráticos de la posguerra mundial. Durante los años siguientes, se aplicaron combinaciones similares de métodos –obligar a la gente a dejar sus hogares, destruir los tejidos sociales, generar escasez de alimentos y regular el abastecimiento– y cientos de miles de mujeres fueron violadas, en otros lugares, donde se impusieron nuevos regímenes políticos; y tanto en los casos ya investigados como en los que todavía no han salido a la luz, la violencia contra las mujeres quedará fuera del régimen fáctico de los archivos fotográficos. Las fotografías no deberían pensarse como material de archivo en bruto ni como hechos positivos cuyo significado intrínseco como fuentes primarias va a explicarse mediante la investigación. Deben leerse con y contra otro material, a menudo considerado “secundario”, y merecen una atención especial dado que lo que contienen es siempre más que lo que quienes las realizaron pretendían registrar. Si las fotografías no se asocian con las violaciones que a menudo tenían lugar en los momentos precisos en que se tomaron, es esta disociación la que debería ser colocada en primer plano y acometida. Mi hipótesis parte del rechazo del axioma según el cual no hay imágenes de violación, que se basa en la reducción de la fotografía a fotografías e ignora la presencia de cámaras y violación en la misma unidad de tiempo y espacio. Bajo un régimen escópico imperial, “lo que estaba allí” se considera igual a lo que entró en el encuadre. Sin embargo, en zonas de violencia sistemática y omnipresente, de las que *no hay ninguna foto*, TODAS las fotografías deben ser exploradas como fotografías de la violencia misma. Como en la prueba del conejo-pato, propongo preguntar en qué clases de imágenes se ubica esta violación sistémica, incluso si sigue siendo elusiva de algún modo,

e intentar que la violación emerja a la superficie de la fotografía, junto con otros fenómenos más visibles. Las fotografías que muestran la destrucción masiva de entornos edificados son mis primeras fuentes en esta tentativa. Empecé a interpretar esas casas perforadas, pilas de paredes desmoronadas, estructuras vacías, puertas arrancadas, montones de escombros –todos esos elementos que formaban parte de casas– como condiciones espaciales necesarias en las cuales un número ingente de mujeres podían transformarse en población desprotegida susceptible de ser violada.

El derecho a sentirse afectado por la violencia y a cuestionar sus fundamentos imperiales

Por diferentes razones, la presencia de esta violación sistemática y sus significados en las narrativas históricas, en el discurso público, en las políticas relativas a la redistribución de servicios y bienes y en la imaginación de una forma de gobierno distinta han sido minimizados. Sin embargo, una catástrofe a tan gran escala no puede ser completamente borrada de los anales; en vez de eso, sí puede impedirse, y de hecho así se hizo, que desempeñe un papel significativo en las formaciones e imaginarios políticos que la seguirán.³ Las reacciones a la publicación del diario anónimo a mediados de los años cincuenta, así como las reacciones a la película *Liberators Take Liberties* de Helke Sander a mediados de los noventa, fueron agresivas. En respuesta a sus críticos, la autora anónima del diario le pidió a su editor que no reimprimiera el texto hasta su muerte.⁴ El argumento más repetido y vehemente contra estas tentativas de abordar esta violación omnipresente como un suceso significativo y estudiar sus implicaciones políticas estructurales consiste en una negación del estatus de víctimas a las mujeres alemanas. En su tratamiento de la película de Sander, la historiadora Atina Grossmann, que se identifica como hija de refugiados judíos alemanes, argumenta que: “tenemos que preguntarnos cómo la experiencia colectiva (en última instancia transmitida en el ámbito privado y silenciada en el público) de la violación de mujeres alemanas en ausencia de hombres (protectores) se introdujo en la visión de sí mismos de los alemanes de posguerra como, ante todo, ‘víctimas’ y no

'agentes' del nacionalsocialismo y la guerra. La violación en masa de 1945 grabó indeleblemente en la memoria de muchas mujeres alemanas una lúgubre convicción de su propia victimización y de su superioridad sobre el vencedor que fue a liberarlas".⁵ La tendencia a transformar a las personas en símbolos de su nación, y a explicar la violencia a la que están expuestas (o que ejercen) según la nación a la que pertenecen (o no pertenecen) en el mapa del mundo dividido imperialmente no empezó en la Segunda Guerra Mundial, pero fue sin duda uno de sus éxitos más temibles. La masacre de hasta 45.000 argelinos en Sétif y Guelma el día que la Segunda Guerra Mundial acababa oficialmente en Europa es un ejemplo pasmoso de la victoria de la oposición binaria creada por los aliados para distinguir sus propios mecanismos de violencia contra segmentos de poblaciones de aquellos utilizados por otros regímenes que ellos calificaban de totalitarios. La increíble violencia de los aliados en el largo e innecesariamente brutal proceso para poner fin a la Segunda Guerra Mundial consistió en varias campañas que fueron organizadas como pasos hacia la terminación de la guerra pero cuyo objetivo era, en realidad, otro: la imposición y reimposición de cuerpos políticos diferenciales a lo largo y ancho del mundo. Un cuerpo político diferencial es una condición necesaria para garantizar que la violencia se experimente de manera desigual por los diferentes segmentos de una población, y o bien será reconocida como violencia o bien será negada como tal, según quién la ejerza y contra qué población, o segmento de población, se ejerza.

Contra este telón de fondo, la insistencia de Duras en no mantener a las víctimas consentidas –es decir, segmentos de las poblaciones aliadas, y las poblaciones enteras de naciones colonizadas o enemigas– fuera del repertorio de las imágenes de violencia de la Segunda Guerra Mundial es inseparable de su esfuerzo por no conceder la impunidad a ningún perpetrador de violencia.⁶ Es un llamamiento a afrontar y reconocer el lugar de la violencia en la historia imperial de Europa incluso cuando los aliados, mientras continuaban ejerciéndola, intentaban desvincularse de ella y disfrutaban de impunidad afirmando que rescataban

víctimas de la violencia de los otros. "Somos de la misma raza que aquellos que fueron quemados en los crematorios, que los que fueron gaseados en Maidenek", escribe Duras en el dialecto relativamente común de los libera-dores identificándose con los ciudadanos de Europa victimizados; pero, poco después, deja claro que este sentimiento no basta para que los europeos se distancien de su pasado imperial como responsables de crímenes: "También somos de la misma raza que los nazis". Su insistencia a lo largo de todo el diario en que no deberíamos sentirnos *especialmente* horrorizados por los crímenes nazis no significa que no sean horripilantes. Lo son. Pero ¿son más horripilantes que los crímenes previos cometidos en el imperialismo por aquellos que se presentan como salvadores? Duras es plenamente consciente de la característica principal de los crímenes imperialistas: su habilidad para no parecer tales crímenes. En 1940, en el Ministère des Colonies, en su primer empleo tras licenciarse en la universidad, Duras coescribió (con Philippe Roques) el libro *L'Empire Français*. No fue hasta que dejó el empleo (o quizá porque lo dejó) cuando pudo ver los datos que había reunido para el libro desde una óptica distinta, no imperialista. Al incluir a las víctimas consentidas y a los criminales impunes en el repertorio de la violencia de la Segunda Guerra Mundial, Duras insistía en su derecho a responder y sentirse afectada por esos crímenes fuera del régimen discursivo de la violencia y las violaciones de los derechos humanos que diferencia entre la violencia legítima y la ilegítima al designar a ciertas personas como víctimas consentidas y a otras como víctimas dignas de ser lloradas, y divide a los perpetradores entre los que deben ser castigados y los que gozan de impunidad.

Questionando el origen y el fin de la guerra

Los orígenes imperiales de esta violencia, así como la previsión de que no cesaría con la declaración del final de la Segunda Guerra Mundial, constituyen la preocupación de otra autora importante que buscaba formas de dar cuenta de la guerra sin aceptar los contornos del campo fenoménico impuestos por sus ingenieros: Hannah Arendt. Ubicando *Los orígenes*

Fig. 13



del totalitarismo en el imperialismo, la duradera empresa de la violencia en las colonias, dominios, protectorados y mandatos cuyo desmantelamiento no contaba en la misión de poner fin a la Segunda Guerra Mundial, Arendt concluye su estudio con una advertencia profética: "Podría incluso darse el caso de que los verdaderos problemas de nuestra época asuman su forma auténtica –aunque no necesariamente la más cruel– solo cuando el totalitarismo se haya convertido en un recuerdo del pasado" (Arendt, 1975, p. 460). Siguiendo sus múltiples visitas a la Alemania de posguerra desde su partida forzosa mediada la década de 1930, Arendt escribió un reportaje en el que el alcance de la destrucción de las ciudades alemanas y la violencia ejercida contra los alemanes (no sin alguna crítica al modo en que la asimilaron) desempeña un papel importante. Sin embargo, el reportaje de Arendt no menciona nada sobre la violación de mujeres alemanas. Aunque nunca abordó la violación en su texto, su ausencia del género de *reportaje* que ella adoptó para este relato de lo que vio en Alemania podría explicarse mejor no por su falta de interés, sino, tal vez, por lo que podía verse y cómo se procesaba. Es improbable que decidiera intencionadamente omitir un fenómeno de tan gran escala del reportaje –un género cuidadosamente elegido por sus peculiares características– es más probable que durante su visita la presencia lacerante de la violación de cientos de miles de mujeres estuviera ya minimizada. El proyecto de reconstrucción ya estaba en marcha. Sin embargo, esta semidesaparición no sucedió por sí sola.

Sin huellas en la cronología histórica

Tras el final de la guerra, la primera visita de Arendt a Alemania fue en octubre de 1950. Ya en julio de 1945, la ausencia de violaciones fue cuidadosamente reconstruida mediante tropos de sustitución y desplazamiento. Este es un tropo urbano de desplazamiento. [Fig. 13] El entorno caótico y ruinoso que formaba el espacio de la violación sistemática había sido remodelado y sustituido por objetos destruidos esparcidos por aceras relativamente limpias como el edificio de la fotografía. En el dorso de la foto, que

Fig. 13: "Berlín machacada", 11 de julio de 1945, foto de prensa internacional, impresión de la época.

Fig. 14



se titula “Berlín machacada”, puede leerse la forma en que la describió uno de los trabajadores de la agencia que la distribuyó, tal vez fuera el fotógrafo que tomó la imagen: “esta es una de las escenas que se presentaban a la vista de los soldados aliados que entraron en el Berlín devastado por la guerra”. La frase merece una mayor atención. Más que comentar que la ciudad ha sido “machacada”, la descripción se centra en la forma en que se presentaba a los ojos de los soldados aliados. En lugar de mostrar interés por cómo vivían los habitantes de la ciudad machacada, el texto de la foto asume la autorización manifiesta de aquellos que destruyeron la capital para continuar ocupándola, administrándola y contemplándola, así como para comportarse como si no fueran los destructores sino los que vienen a explorar, asistir y restaurar el orden. Es el uso de la violencia lo que concede autoridad para ocupar ciertas posiciones, como la de espectador asumida por los aliados sin remordimientos, aunque ellos no sean simples espectadores sino los que ocupan y controlan la ciudad, además de los responsables del espectáculo que Berlín se vio obligada a interpretar. Según el protocolo imperial conocido, el daño que uno causa se convierte en un trofeo, un objeto para su contemplación. Esto es posible dado que las dificultades de ciertos segmentos del cuerpo político o poblaciones enteras no dejan huella en el tiempo histórico. No existen fechas de conmemoración, ni siquiera fechas que sean recordadas por más gente que las propias víctimas, fechas compartidas que darían una cualidad tangible en el tiempo a ciertas catástrofes. “He perdido el sentido del tiempo”, escribió la autora anónima en una ciudad de la que ya se había eliminado todo concepto del espacio (p. 102). Así, una fotografía tomada tres meses después de la entrada de los aliados en la ciudad, en la que se ve a mujeres caminando despreocupadamente por la ciudad y no como si acabaran de volver a ver la luz del día tras haber sido obligadas a vivir durante semanas como “cavernícolas”, puede distribuirse como una representación de la escena que primero vieron los aliados cuando dejaron de bombardear la ciudad desde las alturas y entraron a pie. Las semanas de terror simplemente no existen en la cronología de las potencias imperiales diseñada en las

Fig. 15



Fig. 16



Fig. 17



Fig. 14: Berlín, una ciudad de muertos, 5-4-1945, foto de prensa internacional, impresión de la época.
 Fig. 15: “La capital del Tercer Reich después de la tormenta”, Berlín, fotógrafo desconocido, 20 de julio de 1945.
 Fig. 16: Fraternal y no fraternal, Berlín, 1945.
 Fig. 17: Revista Life.

redacciones de prensa; [Fig. 14] como tampoco existen en esta fotografía, tomada en junio de 1945 y descrita como “una de las primeras fotografías que muestra la destrucción generalizada sufrida por la capital alemana”. [Fig. 15] Unas a otras, estas mujeres todavía parecían “increíblemente distintas”, “desconocidas, envejecidas, desoladas” (p. 84), incluso en la época en la que ya se habían despejado de escombros algunas de las arterias principales de la ciudad y la distinción entre calles y aceras, espacio privado y espacio común, puertas adentro y afuera, volvía a hacer de las calles un lugar seguro para ellas. Mi asunción de partida es que cuando las fotografías registran la presencia de chicas y mujeres bien vestidas al aire libre, como en esta fotografía del “Berlín machacado”, no debemos olvidarnos de recuperar su contexto temporal para recordar que estas mujeres se encuentran en un momento muy temprano de volver a experimentar la sensación de caminar por su ciudad sin la amenaza de ser detenidas con violencia y violadas, u obligadas a aceptar un cruel acuerdo que les proporcione suficiente comida para sobrevivir a cambio de su cuerpo y su trabajo. Esta es la fotografía de una ciudad donde la omnipresente violación ha sido eliminada con objeto de despejar la vía para que sus supervivientes sean moldeados como consumidores del plan Marshall concebido para ellos.

Una catástrofe tan inmensa que nadie podría afirmar no haberla visto ni conocido

Aunque la mayoría de las violaciones las perpetraron los soldados del Ejército Rojo, en la zona soviética, la cooperación diaria entre las fuerzas aliadas convierte a estas en algo más que meras espectadoras, y ciertamente en responsables de la naturalización y desdramatización de esta violencia sistémica. [Fig. 16 y 17] En lugar de enfrentarse a esta violencia y de utilizar el término violación para nombrar un crimen, las potencias de ocupación mezclaron la violencia con el sexo y el amor –un asunto privado con la violencia pública–, utilizando la confraternización como término paraguas mediante el que regular la relación entre hombres y mujeres. Eso aparece sintetizado en esta

fotografía, datada descuidadamente solo con el año (1945), y titulada, medio irónicamente, “Frat-non-Frat” [fraternal y no fraternal], implicando de manera burlona que hay formas de estar con mujeres alemanas que son “non-frat” [poco fraternales]. Así, las normas de confraternización del ejército de EE.UU. respecto al contacto entre los soldados y las mujeres alemanas colonizaron el lenguaje en una realidad de violación sistemática, aunque los soldados norteamericanos “solo” fueran responsables de 11.000 casos de violación.⁷ Las un tanto ridículas normas de confraternización se convirtieron en un chiste común entre los hombres en las distintas partes del Berlín ocupado, pues competían entre ellos y aprendían unos de otros, como queda claro en el pie de foto: “Soldados americanos esperan para recibir una lección de confraternización de uno de sus aliados rusos que pasea con una amiga [sic] en Berlín”.

Restituyendo una cronología de la violación

Cuando los aliados, tras bombardear intensamente Berlín, entraron en la ciudad, todavía flotaba el humo en el aire, las calles estaban alfombradas de escombros, cadáveres de personas y animales, y algunos refugiados huían cargando con pequeños fardos. Aunque estos elementos fueron desapareciendo gradualmente de la ciudad, la frecuencia de su presencia en las fotografías puede utilizarse como una cronología de las violaciones que se produjeron en esta escenografía. Poco después de que las tropas aliadas entraran en la ciudad, podían oírse los gritos de las mujeres que estaban siendo violadas o resistiéndose a serlo. Este sonido debería asociarse con las imágenes en las que el nivel de escombros y la densidad de humo son todavía altos.

[Fig. 15] Por descontado, debido a la forma en que han sido diseñadas tecnológicamente, las fotografías son incapaces de registrar este sonido. Sin embargo, el hecho de que contemplemos fotografías sin oír los sonidos que el fotógrafo habría oído mientras tomaba la imagen, o incluso unos minutos antes o después, no debería impedirnos imaginar lo que quienes estaban alrededor de lo que encuadraba la fotografía habrían oído. Cuando se

tomó esta foto, seguramente realizada por un anónimo soldado de infantería ruso, los gritos de las mujeres muy probablemente todavía eran audibles. No se trata de una fotografía de una ciudad bombardeada vista desde arriba. De hecho, este ensayo cuestiona descripciones meramente fácticas como “ciudad bombardeada” e intenta que esas clasificaciones se agoten por simple reiteración. Con “simple reiteración” me refiero a aceptar esas clasificaciones sin criminalizar la posición dominante de quienes las enunciaban: aquellos que tenían el poder tanto para destruir el tejido de la vida como para promover la matriz discursiva en la que tal violencia podía justificarse y convertirse en patrones intercambiables extraíbles de la cronología histórica. En su libro *Sobre la historia natural de la destrucción*, W. G. Sebald cae en esa reiteración cuando escribe sobre la campaña de destrucción de los aliados, incluso cuando lamenta la escasez de relatos sobre el tema: “Incluso en los últimos años, cuando historiadores locales y aficionados empezaron a documentar la caída de las ciudades alemanas, sus estudios no cambiaron el hecho de que las imágenes de este capítulo espantoso de nuestra historia nunca ha cruzado el umbral de la conciencia nacional” (Sebald, 2004, p. 11). Esta “conciencia nacional”, que no deja de ser un producto retórico del imperialismo en la misma medida que “ciudades machacadas”, se compone precisamente de esas imágenes y de su aceptabilidad; de ahí que no pueda ser transgredida ni alterada por lo que está registrado en esas imágenes. Un umbral solo puede cruzarse cuando la violencia documentada en tales fotografías se reconstruye como universalmente inaceptable, sin importar quiénes sean las víctimas y los perpetradores, y sin importar tampoco cuáles fueran las diversas justificaciones de esa violencia. Es improbable que Sebald no conociese la violación masiva de mujeres alemanas en este hipnótico escenario de destrucción, ni le fuera ajena la controversia que se desataba en Alemania cada vez que las mujeres intentaban plantear públicamente la cuestión de las violaciones y cómo fueron silenciadas, como si los numerosos hijos a los que dieron a luz después de esos hechos y que vivían en Alemania sencillamente no existieran.

La circulación de las fotografías incluidas en su libro nunca fue prohibida, ni eran desconocidas por los alemanes que las coleccionaban e intercambiaban en formato de postal. La ausencia descrita por Sebald siempre fue paralela a un exceso que convierte el gesto de Sebald de (re)imprimir estas fotos en una reiteración y no una primera exposición. Sebald elide el significado de ese gesto y lo asume descuidadamente al no dejar que esas imágenes reimpresas se impregnen de las experiencias de aquellos para los que las ciudades destruidas nunca se desvinculan de otros aspectos de la catástrofe que vivieron y que lucharon por conservar. Estas imágenes reimpresas nunca fueron lo que los aliados querían que la gente viera en ellas: “ciudades machacadas” o “ciudades destruidas”. Sebald presta atención al movimiento de refugiados “que sumaban un millón y cuarto, diseminados por todo el Reich, hasta sus fronteras exteriores” (p. 29), pero no se fija en qué les pasó en las carreteras, en los bosques, en los refugios que encontraron en sus casas o por el camino en edificios desvenecijados. Cuando las fotografías de la catástrofe no se estudian sino que simplemente se convierten en símbolos de la destrucción, los detalles como la densidad del humo, la altura de los escombros, la posición de estos en la entrada de un edificio, las muecas de las mujeres, los rasgos y las ropas se descuidan y solo parecen más de lo mismo. Cuando la violencia imperial se convierte en éter, esos detalles pueden resultar útiles para volverlos palpables. Después de todo, hay innumerables registros fotográficos tomados en los escenarios de la violencia imperial. Una atención cuidadosa al olor, el color, el sonido y otros aspectos táctiles es necesaria para dotar esta etérea violencia de presencia material en los archivos fotográficos.

Los documentos visuales de la violación no se han perdido; eso no es más que otro cliché arraigado en la fusión imperial de los puntos de vista de los responsables de los crímenes con los hechos neutrales. Los documentos visuales de la violencia perpetrada públicamente no han desaparecido; deberían localizarse en imágenes disponibles, que engañosamente no se consideran imágenes de violación, aunque fueron tomadas en el mismo lugar, y en el mismo momento, en que se producían las

violaciones. Con la ayuda del diario anónimo, no hace falta gran cosa para oír las voces convulsas de mujeres mientras eran violadas. Dado que las violaciones generalizadas tuvieron lugar sobre todo en unas pocas semanas, desde la invasión de la ciudad hasta la reimposición del orden mediante la reinstauración de separaciones dentro/afuera, privado/público, trabajo/no-trabajo, entrada/salida, y así sucesivamente, sugiero sustituir el vago referente temporal –el año 1945, escrito en el dorso de muchas de las fotografías y utilizado en los títulos de docenas de libros publicados solo en la última década– por una cronología más precisa basada en una lectura cuidadosa de los cambios en el paisaje urbano y sus moradores.

Esta es una fotografía de un escenario de violación

Inserta en esta cronología reconstruida, esta fotografía ya no puede leerse como otra foto de la destrucción. Es una fotografía de un escenario de violación. En estas viviendas perforadas y porosas, mujeres, niños y ancianos vivían sin ventanas, ni puertas, ni agua, ni gas, ni electricidad, y con muy escasa comida. Se mudaron de las plantas superiores al sótano y luego volvieron arriba, dependiendo de la fecha en que pudieron reconocer las pautas del comportamiento de sus violadores. Algunos de los violadores, según aprendieron las víctimas, eran demasiado vagos para subir a las plantas más altas, sobre todo cuando estaban borrachos; otros se sentían incómodos violando a mujeres en lugares atestados como sótanos, donde, después del bombardeo aéreo, la gente se había instalado pues sus pisos habían quedado inhabitables. Las jóvenes, en especial, se escondían en armarios y otras partes menos accesibles de lo que quedaba de sus hogares o de los de otros. “Sí, las chicas son una mercancía de la que hay una creciente escasez. Ahora todo el mundo está preparado cuando los hombres salen a la caza de mujeres, así que encierran a las chicas, las esconden en los altillos, se las manda a pisos seguros”, escribe anónima (p. 95). Algunas mujeres se las apañaron para limitar el número de hombres que las violaban llegando a acuerdos con soldados individuales,

Fig. 18



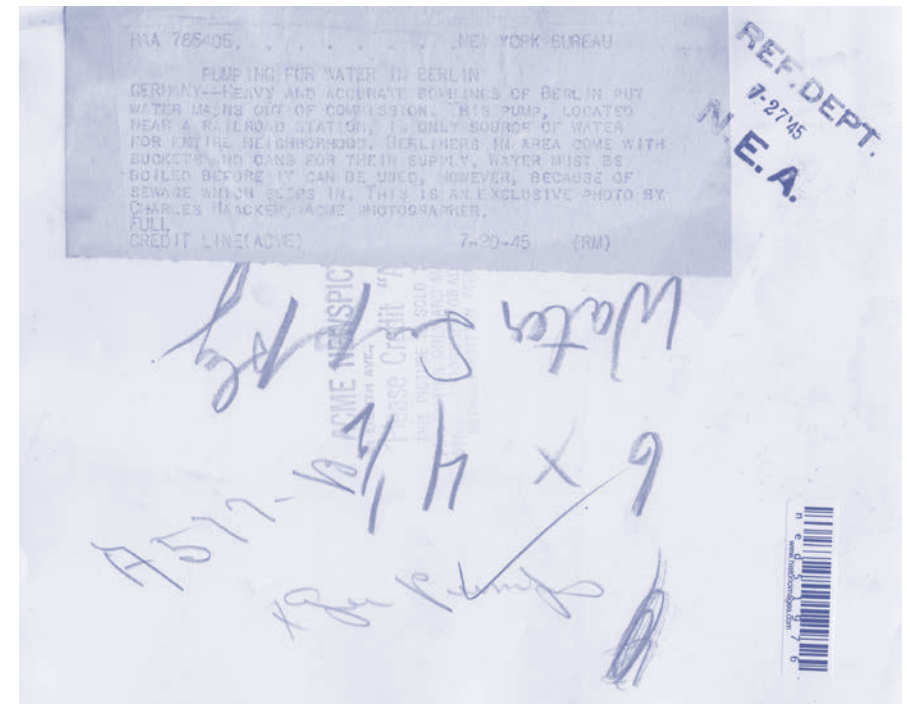
que las protegían de los demás a cambio del acceso a sus cuerpos, y les suministraban algo de comida. “El piso está abierto a unos pocos amigos de la casa, si así puede llamárseles, así como a los hombres que Anatol trae de su pelotón, y a nadie más. Parece que soy tabú, al menos por hoy” (p. 82). [Fig. 18] Los escombros que bloqueaban las entradas de los edificios no se interponían para aquellos que iban a violar mujeres. Por el contrario, la caza de mujeres formaba parte de la aventura: “Retrocedo por el pasaje que lleva a nuestro sótano, luego me escabullo al patio interior, pero justo cuando creo que me lo había quitado de encima, me lo encuentro al lado y entra en el sótano junto a mí. Ilumina las caras con la linterna, unas cuarenta personas en total, demorándose cada vez que se topa con una mujer y dejando que el cono de luz parpadee varios segundos en su rostro” (pp. 48-49). Aunque los edificios no eran seguros, las mujeres preferían quedarse en ellos a salir y caminar hacia sus depredadores. La calle desierta de esta fotografía lo señala claramente. La calle ha sido despejada mínimamente de escombros, y solo se ve a dos o tres soldados en ella.

Sola entre las sábanas por primera vez

El 9 de mayo, anónima escribió en su diario que estaba “sola entre las sábanas por primera vez desde el 27 de abril” (p. 155). El día anterior, con la ayuda de algunos “protectores”, las mujeres pudieron bloquear la entrada del edificio con una especie de puerta, y con eso, escribió, “a no ser que se instalen nuevas tropas aquí, comenzamos una nueva vida” (p. 147). Con la puerta recuperada, aunque fuera de una forma muy vulnerable, llegó algo parecido a cierta intimidad, límites, elección y orden. Las violaciones no se interrumpieron en ese momento, pero, con algunos signos de orden y organización, disminuyó su número y frecuencia. [Fig. 19] Después de restaurar las puertas de algunos pisos, llegó el momento de despejar las entradas a los edificios en la calle. Esa misma mañana, anónima escribe de nuevo: “algunos equipados con pesadas palas nos llaman para que bajemos a la calle, donde a paladas amontamos una pila de basura en la esquina” (p. 155).

Fig. 18: Berlín, 1945, Deutsches Historisches Museum Berlin.
Fig. 19: Bombeando para sacar agua, Berlín, julio de 1945, impresión de la época.

Fig. 19



Cuando el soldado ruso tomó esta foto, en algún momento después del 20 de abril y no mucho antes de la primera semana de mayo, las violaciones todavía eran numerosas.

¿Qué es exactamente esta fotografía? ¿Quién la hizo y por qué? No parece que el cadáver del caballo, todavía sujeto al carruaje dañado, atrajera al fotógrafo; ni tampoco la escala de la destrucción, como es claramente el caso en la fotografía cuyo centro es un edificio derrumbado. En esta imagen, la mirada del fotógrafo es más cercana e íntima. La fotografía no fue tomada para mostrar la casa ni la calle. Parece más un recuerdo distintivo que el fotógrafo quería llevarse consigo. Estaría familiarizado con ese edificio en concreto: probablemente sabría cómo entrar y salir de cada uno de sus agujeros y quería conservar ciertos recuerdos de las muchas tardes y noches que había pasado allí con una mujer –o puede que con muchas–, tras haberla “agarrado de las muñecas”, “arrastrado por el pasillo” y “tirado, con la mano en su garganta, para que ya no pudiera gritar”⁸ y más tarde le proporcionaría algo de vodka, arenques, velas y cigarrillos después de haberla violado. En ese momento, las raciones de alimentos o bien no existían o eran tan mínimas que empujaban a las mujeres a optar por una especie de violación-bajo-control en forma de intercambio de comida por sexo, en lugar de otras formas de violación. Como escribe anónima: “Físicamente me siento un poco mejor, ahora que hacía algo, que planeaba mis actos con la voluntad de no ser ya más una presa muda, botín de guerra” (p. 64). El fotógrafo podría ser este hombre, descrito por anónima: “de todas las bestias que he conocido los últimos días, él es el más soportable, el mejor del grupo” (p. 116). No hay estadísticas, pero muchas mujeres prefirieron protegerse de las violaciones múltiples en grupo recurriendo a ese tipo de relaciones. Esos hombres se convirtieron en amigos, más o menos, bienvenidos en la medida en que podían impedir que irrumpieran extraños y violaran a las mujeres más brutalmente. Incluso si Petka, Anatol, el comandante o Vania no tomaron esa fotografía concreta, lo hizo otro soldado desde una cancanía amenazante a mujeres que, en el mismo instante en que se tomaba la fotografía, se escondían en casas que eran asaltadas.

Economía providencial

Las que consiguieron evitar la violación, o su repetición, se encontraron fuera de esas economías providenciales. [Fig. 20] Los solares que hacían las veces de vertederos de la ciudad se contaban entre los escasos lugares donde ellas podían encontrar comida. La economía del mercado negro estaba manipulada para autorizar a cierta gente a que proporcionara comida a las mujeres, y para asegurarse de que estas no crearan sus propios mercados con sus propias reglas. Cuando anónima se encontró con una amiga, esta fue su conversación: “¿Cuántas veces te han violado, Ilse?’ ‘Cuatro, ¿y a ti?’ ‘Ni idea. Tuve que ir ascendiendo por todos los rangos, del soldado encargado de suministros hasta el comandante” (p. 204). En esas condiciones, cuatro veces podría no ser suficiente para la supervivencia. Y tampoco se podía encontrar mucho en un vertedero cercano. Anónima escribía que “la gente pasa hambre” a mediados de mayo, después de que otra amiga recorriera una distancia de dos horas en bicicleta para pedir algo de comida. “Ella misma tiene un aspecto lamentable, el color de un trozo de tocino. Las piernas son como palillos y le sobresalen las rodillas como nudos en un leño” (p. 140).

Volvamos a la fotografía del “Berlín machacado”. El edificio del fondo puede verse como un objeto separado sobre un pedestal solo debido al duro trabajo con el que se limpió la acera brillante de los escombros que la cubrían. [Fig. 21] Las numerosas fotografías (ahora *online*) de mujeres bonitas limpiando, reciclando restos, quitando escombros, pasándose cubos, cogiéndose las manos y sonriendo a la cámara deberían situarse en la misma cronología para no remitir al olvido cómo fueron tratadas las mujeres alemanas: mujeres-basura, escombros, antes de transformarse en mujeres que los recogían, iconos de la reconstrucción de Alemania gracias a las trabajadoras. El 22 de mayo, anónima escribe: “a eso de las dos del mediodía, oímos gritos procedentes de la calle, delante de la casa: todos los hombres y mujeres capaces de trabajar y desempleados actualmente tenían que presentarse en Rathaus [en el Ayuntamiento] inmediatamente para trabajar” (p. 207). A partir de ese momento, se ofrece comida a cambio de trabajo: “corrió la voz de que les darían algo de

Fig. 20



Fig. 21



Fig. 22

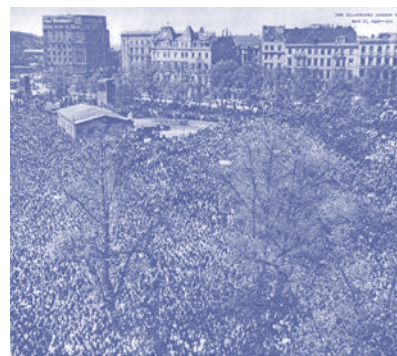


Fig. 20: Hambre, 23-10-1945, impresión de la época.
Fig. 21: Mujer posando en un edificio en ruinas.
Fig. 22: Manifestación contra el hambre, Hamburgo, 150.000 asistentes, mayo de 1945.

comer” (p. 214). ¿Significa eso que han acabado las violaciones? El trabajo forzoso no puso fin a la violación, pero marcó un punto de transición en el que desapareció la economía de violación por comida: “Prácticamente vivo de mi cuerpo, vendiéndolo por algo que comer” (p. 116).

Las mujeres “trabajaban afanosamente con las palas”, según la descripción de anónima del primer día de trabajo bajo supervisión rusa. “De repente, a eso de las diez, oímos unos gritos y una voz rusa: ¡Mujer, ven! ¡Mujer, ven! Una orden que había sido demasiado popular. En un instante todas las mujeres desaparecieron; se ocultaron detrás de puertas, se arrastraron bajo las vagonetas y los montones de escombros, se agazaparon para volverse tan pequeñas como podían” (p. 212).

[Fig. 22 y 23] Después del “final” de la guerra, el suministro de alimentos y la escasez deliberada de los mismos se utilizaron en conjunto como forma de control en Alemania. El régimen de escasez se prolongó solo unos años, y no fue de la escala de la gran hambruna producida en la India en esa época, pero, conocedores de la forma en que Europa trataba a sus colonias, la sensación de ser gobernados como si fueran súbditos de colonias no europeas, no se le escapó a nadie: “no somos más que una colonia, sometidos a sus caprichos” (p. 245). Esta es una breve historia de las distintas etapas del suministro de comida durante unas semanas en Berlín:

el comandante prometió al irse que cuidaría de mí, que me traería algo de comer... Esta es sin duda una vida distinta de la existencia que llevaba pasando hambre en la buhardilla, donde todo había sido despojado y comido. Primero tuvimos los restos de las raciones alemanas, luego lo que pude robar: el saqueo del cuartel de la policía, las patatas. Más adelante teníamos todo lo que se dejaban Anatol y sus hombres... Y las dos latas de carne de las manos blancas de Stepan-Aiohsa. Una vida de abundancia (p. 106).

Cuerpos, bienes, comida y orden político

Ni que decir tiene, esta “abundancia”, proporcionada a cambio de los cuerpos de las mujeres, era inseparable de la economía de

Fig. 23



Fig. 24



Fig. 25



saqueo. Esta economía comprendía tanto el pillaje explícito y planificado de los aliados, que confiscaban cuanto necesitaban, como el robo más esporádico, movido por la necesidad, de las mujeres, que era tolerado por soldados individuales. “La gente ya no siente mucho apego por las cosas; ya no se distingue con claridad entre lo propio y lo ajeno” (p. 3). El caos y la anarquía llenaron el vacío gubernamental surgido con el desmantelamiento del Estado nazi que se había iniciado a los pocos días de la conquista aliada de Berlín y el suicidio de Hitler. [Fig. 24] Fíjense en el júbilo que se desataba cuando se encontraba una provisión de licor. En lugar de compartirlo clandestinamente entre un puñado de gente que acaparara los excedentes, lo compartían con cuantos padecían también su miseria y celebraban la ocasión de poder abastecerse solas sin tener que entregar sus cuerpos a cambio. [Fig. 25] Reparen en la alegría de estas mujeres cuando se prueban un montón de sombreros que han encontrado. [Fig. 26] En ese momento están en el bosque, huyendo, escondiéndose. Dentro de pocas semanas, cuando las mujeres vuelvan a las calles, “animadas y bulliciosas”, anónima escribirá en su diario: “Incluso vi a una mujer con sombrero, creo que era la primera que veía desde hacía mucho tiempo” (p. 194).

En cierto momento, con la introducción del trabajo forzoso, los soldados acabaron con su tarea y con el saqueo que los convertía en proveedores de abundancia. Una distinción más clara se introdujo entre el pillaje permitido –puesto en marcha desde arriba como política– y el prohibido, incluidas otras formas de comerciar con comida, sobre todo mediante mercados negros creados por los ciudadanos al margen de los aparatos de gobierno. Con la escasez de alimentos, el nuevo régimen buscaba obtener el reconocimiento: “Volvemos a estar gobernados, los que han llegado al poder se ocupan de nosotros” (p. 194). [véanse las figs. 22 y 23] No funcionó sin muchas protestas y huelgas, incluidas huelgas de hambre, que se prolongaron durante dos años en todas las zonas ocupadas de Berlín.

[Figs. 27 y 28] “Para mitigar la escasez de alimentos en la capital alemana, camiones de los ejércitos americano, británico y canadiense han llevado patatas y otros productos difíciles

Fig. 26



Fig. 27



Fig. 28



de conseguir a la ciudad”, reza el pie de foto de una imagen distribuida por una agencia americana. Un texto en el dorso de una fotografía “radiado desde Moscú” dice: “Los rusos llevan comida a la devastada Berlín para alimentar a sus ciudadanos hambrientos y maltratados por la guerra. Los sacos apilados delante contienen harina y azúcar. Se distribuirán a las tiendas de Berlín y de ahí se redistribuirán a la gente”. Cuando se pone una foto al lado de la otra, emerge una imagen más completa. La división del trabajo no es entre Este y Oeste, sino entre hombres de uniforme y mujeres con vestidos. Los hombres proporcionan la comida mientras las mujeres hacen cola, agradecidas porque no las dejen morir de hambre.

Nuevo orden mundial

Diariamente se sucedían toques de queda, redadas, registros corporales y detenciones. Propongo observar la huella del orden patriarcal en los cuerpos de las mujeres durante las últimas fases de la Segunda Guerra Mundial, y la puesta en práctica de un “nuevo orden mundial” tras el final de la contienda, como inseparables del proceso de naturalizar las formas de gobierno imperial como un lenguaje político neutral compuesto de términos incuestionables –soberanía, ciudadanía, paz, guerra, y similares–.⁹ El derecho internacional se codificó y estandarizó para respaldar esos conceptos y estructuras como encarnaciones de categorías políticas trascendentales, culminando en la creación de la ONU como un aparato que contiene la violencia imperial dentro de la esfera de la ley y el orden. Sobre ese particular volveré en otra ocasión.

Fig. 23: “Trabajadores alemanes protestan por la escasez de alimentos”, 3 de abril de 1947, fotografías de prensa internacional.

Fig. 24: “Civiles saquean almacén de licor”, 18 de abril de 1945, ACME, impresión de la época.

Figs. 25: Mercado negro, Berlín, 1945, Deutsches Historisches Museum Berlin.

Fig. 26: “Sombrero del este gratis”, 4 de julio de 1945, ACME, impresión de la época.

Figs. 27: “Los rusos llevan comida al Berlín destrozado”, 18 de mayo de 1945, fotos de prensa internacional, copia de prensa.

Figs. 28: “Cola para conseguir patatas”, 9 de agosto de 1945, ACME.

1. Todas las citas sin identificar están extraídas de *A Woman in Berlin*. Aunque existe versión española (*Una mujer en Berlín*, introducción de H. M. Enzensberger, trad. de J. Seca, Anagrama, Barcelona, 2005), las referencias de página corresponden a la traducción inglesa.

2. Para una historia centrada en la violencia sexual en la Francia de la Segunda Guerra Mundial, véase Mary Louise Roberts, *What Soldiers Do: Sex and the American GI in World War II France*, The University of Chicago Press, 2013.

3. Las violaciones, escribe Atina Grossmann, "se convirtieron en un problema oficial ubicado en la esfera pública porque tuvieron consecuencias políticas y en la salud social de la población que requerían la intervención médica: enfermedades venéreas y embarazos. Fueron inmediatamente clasificadas como cuestiones públicas, no como una experiencia de agresión sexual violenta, sino como un problema médico y social que tenía que resolverse". Véase Atina Grossmann, "A Question of Silence: The Rape of German Women by Occupation Soldiers", *October*, vol. 72, primavera del 1995, *Berlin 1945: War and Rape "Liberators Take Liberties"*, p. 49.

4. Sobre la retirada del libro del mercado y su posterior publicación, véase

el prefacio del editor a la edición más reciente: Hans Magnus Enzensberger, "Forward", *A Woman in Berlin: Eight Weeks in the Conquered City - A Diary*, Picador, 2006. [La introducción está incluida también en la traducción castellana.]

5. Grossmann, *op. cit.*, p. 48.

6. Robert H. Jackson, el fiscal americano de los juicios de Núremberg (1945), escribe: "Todos [los aliados] conveníamos en que los crímenes que había que juzgar en Núremberg debían ser los crímenes nazis, y solo los nazis; es decir, que no se juzgarían crímenes que podrían haber sido cometidos por los aliados". Véase Robert H. Jackson, "Report to the President", en *The Nuremberg War Crimes Trial 1945-46: A Documentary History*, ed. Michael R. Marrus, Bedford/St. Martin's, 1997, p. 45.

7. Véase J. Lilly, *Taken by Force: Rape and American GIs in Europe during World War II*, Palgrave Macmillan, 2007.

8. Estas descripciones en el diario utilizan pronombres en primera persona en cada caso, yo he utilizado la tercera (p. 53).

9. Sobre la violación de mujeres palestinas por soldados judíos, véase Ariella Azoulay, *Civil Imagination: A Political Ontology of Photography*, Verso, 2012, específicamente el capítulo cuarto, "Civil Uses of Photography".

DL: B-23372-2019

Patrocinadores institucionales



Patrocinadores de la exposición



Colaboradores

